

Entrevista a Igor MERA, representante del sindicato ESK

1. ¿Por qué el sindicato ESK participa en un observatorio sobre el reparto justo de la riqueza?

Nosotras somos un pequeño colectivo sindical de Hego Euskal Herria, que lleva funcionando desde finales de los años 80 del siglo XX. Nuestra organización sindical aspira a la superación del sistema capitalista como paso necesario para construir una sociedad basada en principios de igualdad y justicia entre todas las personas.

Desde nuestros inicios, en ESK hemos estado muy preocupadas por aquella gente que el sistema económico deja en los márgenes. La extensión de la pobreza y de la exclusión social en las sociedades neoliberales son cada vez más preocupantes. Los constantes ataques contra el estado del bienestar que venimos sufriendo en los últimos 40 años no tienen como objetivo sino el incrementar las tasas de ganancia y de acumulación capitalista.

En este sentido, preocuparse y trabajar activamente para acabar con la pobreza no puede dejar de lado desvelar un realidad que tiende a pasar desapercibida, cual es la acumulación de la riqueza.

2. ¿Por qué la acumulación de riqueza y la consiguiente desigualdad que genera son un problema?

No es una respuesta fácil de responder en tan corto espacio, pero de manera resumida podemos decir que la acumulación de la riqueza no es posible sin la explotación. Al ya clásico concepto marxista de la explotación de la clase trabajadora por parte del capital para extraerle la plusvalía en la que éste ancla sus beneficios, le tenemos que sumar vectores de explotación que se han incorporado en nuestra praxis sindical en las últimas décadas.

El funcionamiento del sistema capitalista, tanto en su fase ‘domesticada’ en forma de estados del bienestar, como en sus fases más salvajes como pueda ser el neoliberalismo actual, no se puede explicar sin el ocultamiento de los trabajos de cuidados y la discriminación de las mujeres. El capital sólo puede obtener las tremendas tasas de beneficios y de acumulación que logra desde el desprecio hacía todos los trabajos necesarios para la reproducción de la vida. En sus cuentas de pérdidas y ganancias, el capital no cuenta con partida de gastos para cuidar y desarrollar las vidas de las personas sin las cuales no puede obtener beneficio. Estos trabajos imprescindibles para su propia pervivencia son subcontratados sin remuneración alguna con las mujeres, o a muy bajo coste con el estado del bienestar que sistemáticamente se dedican a atacar.

Tampoco es posible la extracción de beneficios y la acumulación de capital sin la explotación de los recursos naturales del planeta tierra. Un capitalismo afectado por

tasas de retorno cada vez más escasas necesita explotar cada vez más recursos naturales y explotar cada vez en mayor medida a las personas para garantizar sus beneficios.

Hace un año, en medio del confinamiento, hacíamos el paralelismo entre el capital y un virus. Ambos son realidades muertas que necesitan de la colonización y la explotación de la vida para su reproducción. Ambos no tienen límites, llevando, eventualmente, a quienes les sirven de huésped hasta la propia muerte.

Si decimos que el capital es el virus, la acumulación de la riqueza es la enfermedad que este virus desata en las sociedades que coloniza. La acumulación de riqueza genera, en primer lugar pobreza y exclusión social sobre todo en aquellas personas que el capital designa como 'no personas', esto es, aquellas que no son funcionales a sus intereses y que, por tanto, no son merecedoras de la más mínima consideración.

Los fuertes procesos de acumulación de capital que sufrimos en los últimos 40 años, pero que se han recrudecido en el anterior ciclo de crisis financiera e incluso durante este tiempo de pandemia, nos acercan cada vez más hacia sociedades que tienden hacia la desintegración.

3. ¿Cuáles son las soluciones planteadas?

En primer lugar, creemos que necesitamos estructuras político-administrativas (Estados) que protejan la vida en todas sus dimensiones y garanticen en la práctica que todas las personas podamos vivir con autonomía y libertad.

En ese sentido es totalmente necesario hablar de fiscalidad y del papel que ésta debe jugar en el reparto de la riqueza. Viviendo en territorios forales con capacidad fiscal propia es totalmente vergonzoso que nos encontremos a la cola de la UE en cuanto a presión y progresividad fiscal. Nuestras instituciones, en lugar de tratar de embridar al capital, llevan décadas alimentando sus bajos instintos. El resultado lo vemos cada vez más claro, si hace mucho que se rompió la lógica del progreso social intergeneracional, la crisis financiera de la pasada década nos enseñó el destrozo que generan las políticas de ajuste y devaluación salarial.

No tenemos aquí espacio para desarrollar una crítica al empleo o a desmontar conceptos como pleno empleo o trabajo garantizado; simplemente, y casi a nivel de titular, vamos a decir que para nosotras el paradigma de que el empleo sea la vía de acceso a renta y a los derechos sociales ha de ser superada. Estar empleadas no es una necesidad que nosotras tengamos como personas, sino que es una obligación que el capital ha cargado en nuestras espaldas.

Nosotras creemos que toda persona por el hecho de nacer tiene una dignidad que nadie puede quitar ni condicionar y que, por tanto, el papel de lo público tiene que ser generar, mejor dicho, garantizar las condiciones materiales para que todas las personas nos podamos desarrollar desde nuestra autonomía y libertad individuales. Una propuesta

como la Renta Básica Incondicional siempre ha sido muy atractiva y sugerente para las mujeres y hombres que formamos ESK.

Teniendo nuestra existencia material garantizada tendríamos mucha más libertad para conflictuar con el capital, para reapropiarnos de la plusvalía que nos extrae. Tendríamos más libertad para vivir vidas que merezcan ser vividas, para cuidar y cuidarnos desde la igualdad entre hombres y mujeres. Con una Renta Básica Incondicional tendríamos unos buenos cimientos para construir una sociedad basada en la justicia, la igualdad y el respeto a los límites del planeta que nos acoge.